



INTRODUCCIÓN

BAJO el título de *Versos póstumos* siguen á las presentes líneas varias poesías de Selgas no coleccionadas aún ; otras inéditas desconocidas del público , y fragmentos de algunas que tenía empezadas y que la muerte no le permitió concluir.

Paragonando estas composiciones (fruto sazonado por la experiencia del mundo en el otoño de la vida) con la preciosa guirnalda que entretejió el poeta en sus años primaverales, se podrá formar cabal juicio de lo que fué aquella lozana imaginación, aquel bien templado espíritu , desde los delicados idilios en que alboreó su fama, has-

ta que nos dejó á deshora, sol sin ocaso, para remontar el vuelo á regiones de mayor luz y más propias de su grandeza.

¿Qué pensaba, qué sentía, qué creía en su edad juvenil el modesto cantor de las flores? ¿Cuál era la gloria que anhelaba al dar los primeros pasos en el camino de la inspiración poética? Él mismo lo resume elocuentemente en su *Introducción á La Primavera*, con el ingenuo candor de quien siempre rindió culto á la verdad y tuvo horror á la mentira :

«Los grandes y valientes corazones
 Á la virtud y á la inocencia fían
 Sus castas y profundas ilusiones;
 Que la virtud y la inocencia envían
 Consuelo al mal y luz á la ignorancia
 De los que á su grandeza se confían.
 Llenos de vuestra tímida fragancia,
 Venid á perfumar mi pensamiento,
 Dulcísimos recuerdos de la infancia.
 Virtud, dame tu fe, dame tu aliento;
 Olvida mis pasados desvaríos;
 Brille en mi corazón tu sentimiento;
 Brille en mi vida y en los versos míos.»

Si la variedad en la unidad es ley de be-

lleza real y artística, sin la cual ésta no puede mostrarse cumplidamente, nunca se ha observado tal ley con mayor espontaneidad ni con más constante eficacia que en la vida y en las inspiraciones de Selgas. De aquí la natural hermosura de una y otras. De aquí también el aire de perpetuidad que respira y el encantador perfume que exhala cuanto engendró aquel alma generosa, cuanto salió de aquella amena pluma de oro, no sometida jamás á bastardas sugerencias del egoísmo.

Comenzó Selgas su vida de escritor y poeta puesta la mira en la Fe, que nos guía siempre por senderos de perfección, á pesar de tener los ojos vendados. Buscó el regalo del espíritu en la inocencia, manantial purísimo que el fango de las pasiones procura enturbiar, pero que no admite sombra de mancha ni de vicio en su primitiva fuente. Anheló que perfumasen su pensamiento los dulces recuerdos de la infancia, delicia de los que saben sentir. Ansió que el amor del bien hiciese olvidar sus

pasados desvarios, é invocó de lo íntimo del alma á la regeneradora virtud, rogándole fervorosamente que brillase en su corazón y en sus versos, que no dejase nunca de ser faro luminoso de su existencia.

¡Hermoso principio, digno de los bien nacidos sentimientos del hombre que prefería el inestimable atractivo de la belleza moral al de todas las demás bellezas!

¿Cómo terminó su carrera quien la empezó tan noblemente? ¿Qué pensaba, qué sentía, qué creía Selgas al desprenderse de la carne mortal y dejarnos en este valle de lágrimas? ¿Cuál era la gloria de que estaban enamorados su corazón y su mente en los postrimeros años de la vida? Lo que pensaba particularmente de sí propio, y en general del linaje humano, decláranlo con amargura estos versos de la poesía que estaba escribiendo para servir de introducción á *El Otoño*, y que ha quedado incompleta:

«Verdugos son del ánimo afligido,
Hoy que juicio me da la edad madura,
Lo que dejé de ser y lo que he sido;

Que arrebatado el hombre en su locura,
Deja el supremo amor que nunca acaba,
Por el humano bien que apenas dura.»

Lo que sentía era el ver

«Cuán rápidamente pasan
Por las penas de la vida
Los sueños de la esperanza.»

De lo que creía dan testimonio irrecusable estas elocuentes palabras dirigidas al Sumo Hacedor desde los recónditos senos de un espíritu sincero y creyente á maravilla:

«Y pueda el alma enamorada así,
Al comprender tu excelsa eternidad,
Perpetuamente complacerse en ti.»

¿Ni qué gloria podía parecerle más digna de ser anhelada que la que nace al calor del genio y arraiga en los fértiles campos de la virtud? ¿Acaso hay otra más noble y honradamente fecunda, más merecedora de perpetuarse en las edades venideras? Para Selgas no; lo cual prueba su bondad en el sentir y su elevación en el pensar. Al afirmarlo nada invento, ni me dejo llevar del

deseo de encontrar íntima y perfecta analogía entre el principio y el fin de la vida literaria del preclaro ingenio. Esa analogía, mejor dicho, esa absoluta identidad, tan honrosa para sus convicciones, resulta de lo que expresan sus mismas obras. Ved, si no, cómo termina el austero soneto que consagró á la memoria del gran poeta, del inolvidable amigo, del insigne Adelardo López de Ayala, quien vivirá eternamente, no ya por su calidad de repúblico, ni por haber obtenido en la esfera gubernativa los más codiciados honores, sino por la bondad y belleza que atesoran sus creaciones poéticas:

«En alta voz me dice tu memoria:
La loca vanidad, ¡qué desengaño!
El genio y la virtud, ¡qué hermosa gloria!»

Sí, hermosa gloria, hermosa cuanto es dado al hombre concebirla tratándose de cosas humanas, aquella que se funda en el *genio* fortalecido y realzado por la *virtud*. Tal es la gloria de Selgas. Por ella la memoria del inclito escritor y poeta será grata

siempre lo mismo á los hombres de gusto que á los hombres de bien.

Esta aspiración á una gloria nacida de la belleza poética hermanada con la belleza moral, no fué en el alma de Selgas relámpago que brilla y deslumbra momentáneamente; fué norte seguro, luz fija y constante que iluminó toda su vida, y que se deja ver, como por transparente cristal, en todas las flores de su inspiración, en todos los frutos de su entendimiento. Y no se crea que tanta fijeza y tal constancia en la manera de pensar y sentir den margen á la menor sombra de monotonía en los escritos en prosa ni en las composiciones en verso del ilustre autor. Mayor amenidad, originalidad más fértil y variada que la suya difícilmente se podrá encontrar.

La integridad del espíritu engendró en Selgas la del carácter, nunca humillado ante la adversidad, ni torcido por interés, ni doblado al impulso de humanos respetos. De la integridad de su carácter nació la de sus obras, honra de nuestra literatura na-

cional y de estos malhadados tiempos. En cualquiera otro de más solidez y esplendor se habría contado al egregio vate murciano, por el valor real de sus singulares calidades, en el reducido número de ingenios próceres, que no suelen abundar en parte ninguna. Hoy, no solamente se le debe colocar tan alto porque así lo exige su mérito, sino además por haber sido, en medio de tanta venalidad y de tanta escoria, ejemplar rarísimo de inquebrantable perseverancia en seguir rectamente el camino de la virtud. Véase, pues, con cuánta razón he indicado antes que á la unidad esencial, á la amena variedad y bondad intrínseca de las obras de Selgas (vivo reflejo de la pura llama que ardía en su generoso espíritu sin vacilar ni extinguirse nunca), se debe la envidiable armonía, la peregrina belleza que las distingue y avalora.

MANUEL CAÑETE.



PRÓLOGO

—
AL SIGLO XIX

I.

SIGLO de la inquietud y el movimiento,
Del papel, la revuelta y el negocio,
El *confort*, la *toilette* y el tres por ciento.

En este instante que me embarga el ocio
Y me deslumbra tu soberbia pompa,
Á la lisonja universal me asocio.

Deja que alce la voz y el aire rompa,
Y en armoniosos números resuene
Al son de la guitarra ó de la trompa.